

XVIII.

La convalecencia.

En una bella tarde del mes de Marzo, un hombre de aspecto rudo que conducía de la mano á un niño como de seis á siete años de edad, entraba á una tienda de juguetes en una de las calles principales de Cádiz.

El hombre ya hemos dicho que tenía rudo aspecto; el niño era bello y simpático, á pesar de una profunda cicatriz que cruzaba su frente.

Contra lo que era de esperarse, el niño permaneció frío é insensible en presencia de las preciosidades que encerraba el almacén; tenía algo de triste su aspecto, y sus bellos ojos, dulces y melancólicos, parecían á punto de derramar lágrimas.

—¿Qué te gusta?—le preguntó el hombre.

El chico le miró fijamente y nada contestó.

—¿Quieres un caballo?—prosiguió, señalándole con la mano un tordillo en miniatura capaz de excitar los deseos del muchacho menos exigente.

—Nó—hizo con la cabeza el niño.

—¿Esta corneta?

La misma señal negativa por parte del muchacho.

Así fué indicando aquel hombre cuantos juguetes juzgaba capaces de llamar la atención del niño, que contestaba siempre con el mismo movimiento de cabeza.

La tienda estaba llena de parroquianos, y el dependiente que se había acercado á despachar al hombre y al niño de quienes hablamos, se desesperaba, á pesar de estar acostumbrado á los caprichos infantiles de los niños de la buena sociedad de Cádiz.

—¿Es mudo este chico?—preguntó al hombre que le acompañaba.

—Cási; ahora comienza á hablar.

—¿Cómo!

—Ha padecido una enfermedad que le quitó el uso de la memoria y de la lengua.

—¡Habrà rareza!

—Dice el médico que es como si hubiera vuelto á nacer, y que de milagro vive.

—¿Y qué fué ello?

—Un golpe en la frente.

—Furioso debe haber sido.

—Ya lo ve usted—replicó el hombre que parecía importunado por las preguntas del tendero; y volviéndose al chico le dijo:

—¿Te gusta este castillo?

—Nó—volvió á hacer con la cabeza.

—Pues vámonos una vez que nada te agrada.

Y tomándole de la mano se disponía á salir de la tienda, cuando el muchacho le detuvo y le hizo señas de que oyese.

El hombre dejó de andar y escuchó.

Lo que llamaba la atención del niño era el sonido de una

caja de música que uno de los tenderos habia puesto en movimiento para complacer á un parroquiano.

—¿La quieres?—le preguntó su acompañante.

El niño bajó repetidas veces la cabeza haciendo con vehemencia una señal afirmativa. Entónces volvieron hácia el mostrador, y á pocos momentos salieron de la tienda.

El niño iba radiante; el hombre que le acompañaba seguia indiferente su camino.

Nuestros lectores habrán ya reconocido á Mário y á Paco el Zurdo en los dos parroquianos de la tienda de juguetes en que acabamos de entrar.

Como lo habia dicho el Zurdo, Mário habia escapado milagrosamente á la muerte; pero debilitado por la mucha sangre que habia perdido, y no viendo, al volver en sí, mas que semblantes desconocidos, pareció nacer á otra vida. Su lengua no podia articular palabra alguna; veia los objetos sin comprender el uso á que estaban destinados, y fué preciso alimentarle y tratarle como á un niño recién nacido.

Durante su enfermedad, que habia sido larga, el señor Gonzaga, hombre de negocios ántes que todo, habia, sin embargo, dedicado algunas horas á su nieto y las habia pasado á su cacerera.

El médico de mas fama de Cádiz habia declarado incurable á Mário y hecho creer al señor Gonzaga que iba á dejar de ser abuelo; pero el Doctor nuestro conocido se rió del pronóstico de su elevado colega, y despues de algunos dias de asidua asistencia declaró al niño fuera de peligro.

La tarde que le hemos encontrado en las calles de Cádiz salia por primera vez.

El señor Gonzaga habia dado orden de que se le complaciera en todo; y Paco el Zurdo, que á fuerza de atenciones hácia Mário queria hacerse perdonar del señor Gonzaga la parte

activa que habia tomado en el rapto del niño, y que no se habia apartado un momento de su cabecera durante su enfermedad, cumplia, como hemos visto, con extraordinario placer esa orden, tanto por el motivo á que hemos aludido, cuanto porque le habia cobrado cariño al chico.

Mário era la alegría del señor Gonzaga, que habia tomado á su cargo enseñarle á hablar luego que se convenció de que el Doctor no se habia equivocado al asegurar que era preciso tratarle como á un niño que comenzaba á vivir.

El honrado anciano habria sido completamente feliz si Fernando, arrepentido y casado con Marietta estuviese á su lado; pero hacia muchos meses que nada sabia de él, y no queriendo separar del lado de Mário á Paco el Zurdo, único que podia con éxito ir á Pésaro á averiguar el paradero de Fernando, aguardaba el completo restablecimiento de Mário, para enviar á Italia á su enfermero.

Algunos de nuestros lectores querrán saber sin duda la razon de que el señor Gonzaga estuviera tan bien informado de la conducta de su hijo en Pésaro y de todo lo que allí habia pasado respecto de la seducción de Marietta y del rapto del niño, é ignorase completamente la suerte de Fernando matado por Ludovico en las ruinas de la casa del molino.

Parece á primera vista que los informes en ambos casos debian ser igualmente extensos y verídicos; pero han de saber que Paco el Zurdo, único á quien Fernando habia confiado su secreto para encargarle del rapto del niño Mário, habia descubierto al señor Gonzaga cuanto sabia, temeroso de la cólera del anciano, y arrepentido, al pensar que se moria el niño, de la parte que habia tenido en su desgracia.

El señor Gonzaga, como lo hemos visto, se resistió al principio á creer en tamaña infamia, y ya sabemos como se cercioró de la verdad.

Paco el Zurdo, encargado de cuidar á Máio durante su enfermedad, sabia ménos que el señor Gonzaga del paradero de Fernando, y no podia, por lo mismo, ilustrar al anciano sobre la suerte de su hijo.

XIX:

Un nuevo parroquiano.

Suponemos que nuestros lectores no habrán olvidado la taberna del Trocadero, en la que hicimos conocimiento con el Doctor á quien debia Máio su alivio.

Los parroquianos de la Espigada habian disminuido notablemente en los pocos meses que llevamos de no concurrir á la taberna del "Padre Noe," y la tabernera extrañaba mas que á otros al Zurdo y al Doctor, únicos *buenas pagas* de cuantos allí bebían Jerez, Amontillado, Manzanillo ó aguardiente.

Una noche, á hora muy avanzada, Doña Rosa Quiñones se cansaba en vano tratando de despertar al Estreñido y al Cura que dormían patriarcalmente debajo de la mesa, y se soñaban elevados al quinto cielo en humos del alcohol, cuando llamaron á la puerta de la taberna.